

## Una conga contra la homofobia

Ahmel Echevarría

inCUBAdora Ediciones

El fuerte sol del Caribe, carteles y banderas, música, estribillos de una conga y sonrisas; en cuadro apretado más de un centenar de personas en una calle habanera. La imagen anterior pertenece tanto al entorno de lo real, es decir, ha sido parte de una cruzada contra la homofobia, como también a la introducción del documental *La marcha de Mariela Castro: la revolución LGBT cubana*, del director estadounidense Jon Alpert. Dedicado a Saul Landau, artífice de la idea, este audiovisual de la HBO a largos trancos intenta sondear el universo LGBT cubano.

A grandes saltos, Jon Alpert y su *team* se desplazan por el largo y estrecho lomo del país. Avanzan. Pero solo sobre la dermis del territorio nacional y de la complejidad del contexto LGBT, en el cual (se) incluyen o no posturas, miradas, el placer, el riesgo y el dolor de cuanto encierran, por ejemplo, la “Q”, la “I”, la “P”... *Queer*, intersexuales, pansexuales...

Lo intenta tan pronto se visualizan los textos en donde se da por sentado cuál fue el tipo de diálogo sostenido por la Revolución cubana con los homosexuales. Según Alpert, prohibió puertas afuera cualquier rasgo de homosexualidad, la ejecución de actos homosexuales y la asociación con las personas catalogadas como tal. Alpert nos dice además que por décadas fueron agredidos y llevados a prisión (a las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, UMAP, específica). Para ejemplificarlo, en el *intro* muestra un rostro con un ojo cegado tras un chorro de ácido si mal no recuerdo, y parte de una vida cegada o sesgada tras el encierro en las barracas de las UMAP.

El documental es un rápido y breve planeo. En él la cámara, en La Habana, va de la conga contra la homofobia muy cerca del Malecón a los

barrios austeros de la Capital. Busca víctimas y testimonios en donde se nombran algunos victimarios —se muestra un padre abusivo, un hombre en desacuerdo con su hermano, incluso se generaliza en la responsabilidad de la creación de esos “*forced labor camps*”.

De La Habana, a vuelo de pájaro el *team* de la HBO llega a Matanzas — otra vez el imperio de la vida sin demasiados ingresos— para mostrar el copioso vello facial y el bulto en la entrepierna de Juana Rosa (un pene nombrado Pancho); de paso, una cámara más pornográfica que contenida se solaza en las lágrimas del hermano otrora negador de la condición “diferente” del ahora Juan. Esa cámara luego construye pixel a pixel los desconchados del inmueble y la vida del homosexual Luis Pérez; se regodea en el sobrio plato de comida, la boca medio desdentada que habla mientras mastica, además muestra evidencias personales y públicas de dolor y encierro.

Tras dejar atrás el occidente hacen una muy breve parada en el centro y luego, hacia los minutos finales, en el oriente de Cuba. Específicamente en la serranía.

Aclaremos, no todo es pura imagen, se incluyen breves relatos más o menos salvajes, es decir, de crueldades. Sí, en esos testimonios hay dolor. Es el dolor producto de episodios ocurridos en un espacio de tiempo que le atañe al proyecto social, económico, cultural y político cuyos líderes han estado a cargo del timón del país desde el año 59 del siglo XX. Así lo aclara Alpert al inicio de su documental, estrenado en la edición 37 del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano.

Homofobia y agresiones en el entorno doméstico, en las calles o barrios del país, erróneas políticas trazadas por el Estado y Gobierno cubanos. Los realizadores tienden a ser bastante pródigos en mostrar las intimidades del ámbito y del relato doméstico. Pero los errores achacados a la Revolución, señalados en el inicio de un documental que tiene como figura central a Mariela

Castro, directora del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), fueron someramente mencionados.

Se agradece esa cámara impúdica que fotografía la boca desdentada, el bulto del pene construido a partir de un músculo del muslo, un ojo ciego, lágrimas profusas, tetas artificiales a punto de hacer estallar un escote, barrios tan jodidos como los visitados por Silvio Rodríguez, la sandunga del flirteo, el doble fondo del actuar de un funcionario, una conga y un juego de pelota. Sin embargo, esa misma cámara debió haberse desplazado también a un contexto social y económico otro. Fotografiarlo de manera impúdica, ver los platos llevados a la mesa, el mobiliario, es decir, los alrededores de esa “otra” vida. Mostrar sus penas y sus glorias.

¿Acaso Cuba es solo la de Pedro Juan Gutiérrez en su Ciclo de Centro Habana? ¿La Cuba LGBT —con o sin “Q” y las demás letras— le pertenece únicamente a la “marginalia”? ¿La noche disipada de Cuba es una: la de los alrededores de la Fiat y esa oscura calle mostrada? No. Hay una Cuba cuya cifra de *cover* tiene más de tres dígitos en CUC. Quienes allí asisten puede darse lujos y paseos insospechados incluso allende los mares.

Un mediometrage suele brindar poco espacio para una inmersión en el universo que se desea mostrar, más si se pretende una mirada abarcadora. Seguir una caravana formada por un van en el que viaja quien dirige el CENESEX, su esposo y otros pasajeros y un ómnibus destinado al resto de la comitiva, no deja tiempo suficiente para detenerse allí donde intelectuales, escritores y artistas observan y piensan la sociedad, la política, la cultura. En ese viaje se hubiera podido obtener un mayor número de testimonios, el muestrario de vidas propiciaría una densidad y calidad mayor. Pero esa tarea no podía estar en manos de alguien sin condiciones para hacerlo. Es responsabilidad de los documentalistas.

Esa caravana no hizo una parada para “regalarse” un *meeting* más o menos distendido con activistas capaces de arrojar otras luces, de otorgarle

densidad y profundidad al documental. Nos referimos a quienes han investigado, a los que han organizado jornadas donde ha habido reflexión y fiesta. El destino de la caravana es otro —por serlo no es menos válido.

Cuba LGBT no es solo ese dolor y esa ligereza mostrada. Cuba necesita emplazar con preguntas lo suficientemente astutas, porque están en falta respuestas que sitúen los problemas en tierra de todos y no en un lugar abstracto. Incluso es necesario nombrar. Ese diálogo inquisitivo debió propiciarse también frente a la cámara, pues *La marcha de Mariela Castro* no pretendía ser otra cosa que un documental.

El CENESEX hace lo suyo en la realidad cubana. No es poco. “De manera institucional, encontramos la forma de elaborar un lenguaje que ayudara a nuestra población a tomar decisiones políticas para luchar contra la homofobia y la transfobia, y nos satisface que en los últimos años, se haya convertido en un proyecto político de la Revolución, por lo que el documental es también una agenda política” —dijo Mariela Castro en la presentación del filme, pero otra cosa parece ser la labor de su Centro en este documental. Allí queda reducido a una caravana, una bella mansión, diálogos olvidables, un juego de pelota y una conga.

No se trata solo de llevar a Mariela frente a la cámara y que se sitúe en un árbol genealógico, manifieste su disidencia ante una ley que no ampara una diversidad más de una vez negada, o verla dialogar en plena calle con un cubano “anónimo”. Cuánto hubiera deseado ver a ese funcionario de tercera tejiendo su respuesta esquiva también delante de Mariela. ¿Cuál hubiera sido el matiz y las tensiones de esa conversación? Otra oportunidad perdida.

La directora del CENESEX agrega: “aunque Jon me pone como la estrella, no lo soy. La estrella es el pueblo cubano en su capacidad transformadora y que sigue en Revolución. Ojalá, que esto sirva para que otros realicen este tipo de trabajo. Gracias a Saul Landau, a Jon Alpert, a HBO y al pueblo cubano por avanzar juntos y comunicar estos temas”. Llegados a este

punto vale añadir lo siguiente: se necesita no solo capacidad transformadora en el pueblo cubano, también el empoderamiento necesario para la ejecución de esa capacidad no solo en el ámbito doméstico.

¿Peso o levedad? ¿Fiesta o asamblea? ¿La insoportable levedad del ser o la maldita solemnidad por todas partes? A la conga contra la homofobia hay que meterle cabeza para que su estribillo “limpie, fije y de esplendor”, y no quede en percusión, en puros golpes de cadera, en profuso sudor en una avenida o un estadio de pelota.